

ALMONTE

UN RÍO CON METAMORFOSIS

SEBASTIÁN MOLANO ROBLEDO

FOTÓGRAFO DE NATURALEZA

Cualquier persona que haya vivido, aunque sea sólo un año completo en Extremadura, habrá podido observar, que el campo sufre constantes cambios en el paisaje, en el que cada estación es diferente. Los periodos temporales son muy variables. Transforman el paisaje de una manera peculiar en cada estación. Una Extremadura diferente, ambigua; una tierra que no aburre, en la que siempre puedes descubrir un color nuevo, una nueva sensación, un nuevo olor...

El invierno convierte los paisajes; dehesas, valles, llanos... en una amplísima gama de tonos verdes. Todos dan cabida en la retina; verdes azulados, amarillentos, intensos, degradados; un verde color esperanza, que se mezcla con el aire frío y limpio del invierno, que trae ecos de las tierras del Norte en forma de hermo-

sas y elegantes grullas.

Si ya de por sí estos campos varían sus formas, luces y colores de forma periódica, es en los valles profundos de los ríos del interior donde esto se hace más patente. El Almonte no podía quedar fuera de este juego. El invierno suave de nuestra tierra, con sus lluvias intermitentes, hace resurgir un verde intenso a los valles y riberas del Almonte, que hace más bello sus paisajes cuando quedan salpicados con toques de tonos rojizos producidos por sus escarpadas y salientes formaciones rocosas de pizarras. Pizarras que afloran en los barrancos como cuchillos que cortan el aire frío de la mañana.

La luz limpia y rasante del invierno modula las eternas sombras de los acehuches y carrascos que se afe-

rran en las empinadas laderas, se entremezclan entre escobas y retamas. Hunden con fuerza sus raíces entre las pizarras. Rompen con su fuerza las piedras, en lanchas, que se desprenden como las escamas de las Carpas de sus aguas. Lanchas cortantes, en las que los líquenes ponen sus notas de colores. Amarillos, rojizos, grises; colores que cambian su maquillaje según la luz. ; un paisaje que crece con el tiempo, como los dientes de un niño. El agua y el viento añaden nuevas sensaciones al espectador de este río. El río Almonte revive y muestra toda su fuerza, llevando con potencia sus aguas hasta el Tajo.

Aguas limpias, que se filtran y adaptan a las rugosidades del terreno. Se vuelve, entonces, los valles más profundos del Almonte en sombras permanentes, en nieblas perpetuas. El día ofrece multitud de diferentes sensaciones. Las nieblas de la mañana, aferradas al valle, hacen que nuestra percepción se maree. No puedes enfocar nada. Todo está blanco, frío, húmedo. El sol aprieta con su mano de luz y empuja la niebla. Se abre entonces un día limpio. Aparecen las luces, las sombras. Sombras de azul profundo, luces amarillentas, brillantes. Bellos contrastes. Cae el atardecer y los contrastes se suavizan. Sombras violáceas, casi etéreas; luces de fuego, que no calientan.

La blanca y traslúcida escarcha que cubre el suelo hace el paisaje de un monótono gris blanquecino. Se deshela con la suave brisa de la mañana y resurge el

verde de la hierba. Un verde de vida, de frescor, de melancolía. Los cortos días del invierno se viven intensamente. Las grullas ponen un toque de ruido a tan silencioso momento. Un sonido profundo que recorre el valle del Almonte lo hace más mágico.

Pasan los días, se alargan las tardes. Calienta tibiamente el sol de mediodía. Se oyen los primeros trinos. El campo quiere despertar. Es entonces cuando el Almonte saca su mejor disfraz, guardado celosamente en el baúl del tiempo. Rebusca el Almonte en su armario, en lo más profundo aparecen los colores más bellos. Amarillo intenso del “pan y quesito”. Los violetas de los cantuesos. El blanco puro de las escobas. El amarillo sabroso de las retamas. Se viste el Almonte con su ropa más alegre, más vistosa. Se empapa la fauna de esta belleza, de alegría, de ganas de vivir. Se respira en el ambiente el perfume de los Alhelíes. Suena en el aire la sinfonía de los trinos de las aves.

El sol se alza rápido en la mañana. Proyecta su luz ahora casi cenital. Se siente un agradable calor, como abraza, como seca los campos. Empieza el agua del Almonte a sentirse remolona. La fuerza del invierno se torna en suaves chapoteos. Corre despacio el tiempo. Se espesan los charcos. Las ranas y tortugas soliejan sus cuerpos a la luz cegadora del mediodía.

La primavera de esta tierra es corta pero intensa. Una explosión de vida se concentra en unos días. Todos los colores de la paleta del pintor se vertieron sobre sus

riberas y barrancos, sobre sus esquinas olvidadas, sobre las flores, aves e insectos que la pueblan.

Aprieta enseguida el calor. En un abrir y cerrar de ojos, consigue su luz apagar los colores, la vida. Se vuelven los campos monótonos, de un tono amarillento, ocre, continuo. Se concentra la vida en las sombras, en el amanecer, el atardecer, en la noche. Las sombras se hacen oscuras, muy espesas; la luz es cegadora, brillante.

Los días se hacen largos, inmensos. El verano llega a aburrir hasta al mismo sol. Acaba con la paciencia. Un calor que derrite evapora las ahora intermitentes charcas del Almonte. Las reverberaciones del asador sol nos hacen ver espejismos, alucinaciones, sueños etéreos de imágenes deseadas.

Es el momento de buscar la luz del atardecer, anaranjada. Las puestas de sol, prolongadas, parecen no querer terminar. Buscamos el Almonte a contraluz, con sus siluetas fantasmagóricas, formas inimaginables, como un gran cuadro abstracto. Actúa la naturaleza aprovechando las caprichosas formas de las riberas del Almonte, como un mudo psicólogo que analiza nuestro pensamiento.

Pero es el tiempo de buscar recursos para sacar todo el partido a la vida. El Almonte, seco, enjuto por el calor del verano, deja su belleza para la noche. La luz de la luna llena, de las noches frescas de Agosto, hacen brillar las pequeñas charcas, reflejan el cielo en pequeños

microcosmos, contenidos en diminutos espejos que ahora componen el Almonte.

El tiempo se mide ahora en espacios largos. La vida pasa lenta delante de nuestros ojos. La noche se convierte en el alivio diario. Se oye el Chotacabras ronronear a lo lejos. El sonido de la noche se hace ahora eco en nuestra actividad.

El Almonte descansa, como los Lirones en su estiaje. Duerme profundamente a la espera de los vientos húmedos y fríos del Norte, que traigan nubes de agua y le vuelvan a despertar, a que le vuelvan a dar vida, que vuelva a sonar el agua en sus riberas.

La visión del artista debe estar siempre atenta., innovando, no cayendo en el aburrimiento. Aprovecho entonces para acercarme a lo diminuto. Pongo el macro en mis ojos, a mi vida y vuelvo a arrimarme a Almonte. Aparece un nuevo mundo, nuevas imágenes, nuevas formas y colores. Descubro una vida oculta, intensa. Arrinconada en cada charca. Libélulas de variadas y sorprendentes colores, formas y comportamientos, sorprenden la visión artística.

Paso las calurosas mañanas del verano encuadrando composiciones en la vida diminuta del Almonte, en cada uno de sus rincones, profundos valles de escarpadas laderas, que se desmoronan a mi paso.

La intensa evaporación, producida en el sopor del verano, ha reducido el valor del Almonte. Su fuerza ha quedado reducida a un suspiro de aliento malo-

liente. Se abraza con fuerza a su padre, el Tajo. Le roba sus aguas para llenar sus últimos meandros y no perder su dignidad.

Pero llegará el otoño a dar un respiro a la vida sofocante del verano. Las primeras lluvias nublan la mirada del sol. Vuelve el Almonte a recobrar un halo de vida. Vuelve a correr el agua por sus riberas. Las tormentas llevan agua en forma de explosiones. Se vuelve el agua del Almonte de colores. Ahora sucia, recoge toda la tierra desprendida y se las lleva río abajo; agua achocolatada, agua descafeinada. Nuevos paisajes. Nueva vida renovada. El agua que bautiza el nuevo Almonte. Se forman imágenes irrepetibles, úni-

cas. Los cúmulos de nubes cargadas de humedad, suben hasta lo más alto del cielo. Oscurecen el sol, la luz se apaga. La luz se hace continua, sutil. El cielo se cubre de nubes grises, violáceas, blancas. Es un tiempo de paisajes hermosos. Es un tiempo de inspiración artística. Un buen momento para recorrer el Almonte, para dejarse llevar por sus pendientes, para viajar en el tiempo con sus rincones olvidados, llenos de historia. En el momento de recordar que el Almonte es un río tan extenso como cualquier otro. Que en sus rincones, en su cauce están guardadas las anécdotas de nuestros antepasados.